

Contamine sus paredes,
 Sus blasones envilezca,
 »Que á mí me sobra en Toledo
 Donde vivir, sin que tenga
 Que rozarme con traidores
 Cuyo solo alienta infesta.
 »Y en cuanto él deje mi casa,
 Antes de tornar yo á ella,
 Purificaré con fuego
 Sus paredes y sus puertas.»

Besó, cubrió su cabeza,
 Y retiróse bajando
 A do estaba su litera.
 Y á casa de un su pariente
 Mandó que le condujeran,
 Abandonando la suya
 Con cuanto dentro se encierra.
 Quedó absorto Cárlos quinto
 De ver tan noble firmeza,
 Estimando la de España
 Más que la imperial diadema.

Dijo el conde, la real mano

ROMANCE IV.

Muy pocos dias el duque
 Hizo mansion en Toledo,
 Del noble conde ocupando
 Los honrados aposentos.
 Y la noche en que el palacio
 Dejó vacío, partiendo
 Con su séquito y sus pajes
 Orgullosos y satisfechos;
 Turbó la apacible luna
 Un vapor blanco y espeso,
 Que de las altas techumbres
 Se iba elevando y creciendo.
 A poco rato tornóse
 En humo confuso y denso
 Que en nubarrones oscuros
 Ofuscaba el claro cielo.
 Después en ardientes chispas,
 Y en un resplandor horrendo
 Que iluminaba los valles,
 Dando en el Tajo reflejos;
 Y al fin su furor mostrando

En embravecido incendio,
 Que devoraba altas torres
 Y derrumbaba altos techos.

Resonaron las campanas,
 Conmovióse todo el pueblo,
 De Benavente el palacio
 Presa de las llamas viendo.
 El emperador confuso
 Corre á procurar remedio,
 En atajar tanto daño
 Mostrando tenaz empeño.
 En vano todo; tragóse
 Tantas riquezas el fuego,
 A la lealtad castellana
 Levantando un monumento.
 Aun hoy unos viejos muros
 Del humo y las llamas negro,
 Recuerdan accion tan grande
 En la famosa Toledo.

EPITALÁMIO.

(Véase la pág. 129.)

AL SR. D. FELIPE ROMERO.

(Por D. Melchor Gaspar de Jovellanos.)
 Dobla sin susto al yugo sacrosanto,
 Claro Felipe, el receloso cuello,
 Mientras el sello á la futura dicha
 Pone Himeneo.
 Mira cuál viene, y de su triunfo ufano
 De paz al suelo y de contento inunda,
 Y tu coyunda en los celestes signos
 Raudo coloca.

Se alegra en tanto la remota orilla
 Del mar cantabro á la dichosa nueva,
 Que al punto lleva el venerable anciano
 Presta la fama.
 Y allí de Europa las erguidas cumbres
 Oyen los himnos de alabanza y gozo,
 Que el alborozo del vecino pueblo
 Canta á tu nombre.
 De la pobreza y orfandad escudo
 Firme te aclama y de virtud dechado
 En el senado, que las santas leyes
 Dicta y protege.
 Te aclama, y vuela presuroso el eco
 De tus loores por la gente ibera,
 Que alegre espera de tu recta mano
 Paz y justicia.
 Óyete alegre la amistad, y henchido
 De amable risa, y de candor el pecho,
 Tu casto lecho y tus ilustres lares
 Siembra de flores.
 Después al astro abandonada entona,
 Con voz que excede al lírico de Tracia,
 La amable gracia y celestial modestia
 De tu alma esposa.
 Y con ardor fatídico predice
 Paz á la España y general ventura,
 Y tu futura descendencia iguala
 Con las estrellas.

Letrilla.

(Véase la pág. 133.)

¡HAY BRUJAS!

(Por D. Manuel Breton de los Herreros.)

Á ZORRILLA.

Mal, Zorrilla, el siglo nuestro
 Se amolda á tu fantasía:
 Si todo es prosa hoy en día,
 ¿Dónde alimentar el estro
 De tu excelsa poesía?
 De aquí nació tu aversion
 A las presentes calendas,
 Y á uno y otro cronicon
 Demandar la inspiracion
 De tus famosas leyendas.
 En este pueblo mestizo
 ¿Quién es ya español castizo?
 ¿A dónde fué nuestra honrilla
 Negra ó blanca? ¿Qué se hizo

De la sesuda Castilla?
 Dió nuestra fé en un abismo
 Con el funesto contagio
 Del moderno excepticismo;
 Y nuestro rey es el *agio*,
 Nuestro Dios el *egoismo*.
 Sin embargo, ¡cosa extraña!
 Aun hay brujas en España.
 ¿Te admiras? sí tal, y muchas,
 Y verás que no es patraña,
 Si con atencion me escuchas.

Si el untarse es condicion

De brujas, *sine qua non*,
La que con minio y calostro
Y drogas de Sanahuja
Adoba el pálido rostro,

Es una bruja.
La rufiana marrullera
Que á título de prendera,
Mientras con una sortija
La bolsa á la madre estruja
Con otra pierde á la hija,

Es una bruja.
Vieja de largos colmillos,
Que diz que vende palillos
A la vera del portal
Donde astrosa se rebuja,
Ten por regla general

Que es una bruja.
¡Maruja en el Ministerio
Cada día!... Aquí hay misterio.
Cuando así mata sus ocios,
Una de dos, ó Maruja
Es agente de negocios,

O es una bruja.
Y si bruja y hechicera
Todo es uno, ¿qué es Glicera,
Cuyo rostro, dulce Eden
Donde el amor se dibuja,
Hechiza á cuantos la ven?

Es una bruja.
No obstante su jubileo,

Su rosario y su *laus Deo*,
Y su carita gazmoña,
Y su mirada cartuja,
Doña... me quedo en el doña,
Es una bruja.

Y cuando miente favores,
Por gozarse en sus dolores,
A Juan, á Pedro y á Andrés,
¿Qué es en resumen Catuja
Coqueteando con los tres?
Es una bruja.

Esa que en el parlamento
Toma la primera asiento,
Y en vez de espumar el caldo
O dedicarse á la aguja,
Lee el *Clamor* y el *Heraldo*,
Es una bruja.

Esa comadre de todas,
Que así en duelos como en bodas
Se encuentra, y con várias artes
Aquí rie y allá puja...
Y merienda en todas partes,
Es una bruja.

Y aunque las haya muy santas,
Cual la mia, y otras cuantas,
Diré para que esto acabe
Con una verdad que cruja:
Cada suegra, ya se sabe,
Es una bruja.

Cancion.

(Vease la pág. 133.)

LOS PADRES DEL LIMBO.

(Por D. Leandro Fernandez Moratin.)

CORO.

¡Oh cuánto padece de afanes cercada,
Merced al engaño de fiero enemigo,
En largo castigo la prole de Adán!
¡Oh! vuelva á nosotros la luz deseada,
Y dé sus promesas el Cielo cumplidas,
Que ya repetidas en sombras están.

voz 1.^a

¿Cuándo, Señor, la esclavitud y el llanto
Cesará de Israel? Llegando el día
En que aparezca el vencedor, el santo,
El que rompa la bárbara cadena
Que en servidumbre impía

Lleva tu pueblo? El hombre inobediente
Perdió de Eden la habitacion serena:

Espada refulgente
Vibró en sus puertas Serafin airado,
Y á la inocencia sucedió el pecado.

Mas no de tus piedades
Pudo la culpa humana

El raudal extinguir, que es infinito;
Y tú, Señor, el númen poderoso

Que goza en perdonar. Tu soberana
Diestra sepulta montes y ciudades

En abismo profundo
De universal diluvio proceloso,

Que de los hombres castigó el delito:
Pero diste á la tierra Adán segundo.

Grato admitiste su obediente celo:
Si en el Egipto ardiente

Padece servidumbre
La estirpe de Jacob, tú la aseguras:

En la fuga que intenta portentosa,
Tú disipas la fiera muchedumbre

Que la persigue en vano.
Abre su centro el mar, y en espumosa

Tumba sepulta al pertinaz tirano,
Sus carros y caballos precipita:

Das á tu pueblo, sin lidiar, victoria,
Y al estruendo del tímpano sonante
Himnos te canta de alabanza y gloria.

voz 2.^a

Mucho, Señor, hiciste
Y prometiste más. Debe la tierra

Ver un caudillo en venturoso día
Que los furoros de discordia y guerra

Calme, y en alegría
De amor y dulce paz domine eterno.

Las puertas del Averno
Cederán á su voz omnipotente;

Quebrantará las bóvedas oscuras,
Huyendo el monstruo que se esconde en ellas

Abrasada la frente
Con rayo vengador. El Poderoso,

El grande, el hijo de David, las puras
Auras rompiendo, llevará sus huellas

Adonde el astro de la luz preside,
Y más allá del sol, acompañado

De la turba de justos numerosa,
Que los caminos de virtud siguieron,

Y del primer pecado
Sufren la pena en cárcel pavorosa.

CORO.

Huyan los años en rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

VOZ 3.^a

Ven, prometido
Jefe temido;
Ven, y triunfante
Lleva delante
Paz y victoria:
Llene tu gloria
De dicha el mundo:
Llega, segundo
Legislador.

CORO.

Huyan los años con rápido vuelo,
Goce la tierra durable consuelo,
Mire á los hombres piadoso el Señor.

Égloga.

(Por D. Juan Melendez Valdés.)

(Véase la pág. 153.)

Batilo. Arcadio. Poeta.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo día con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las dulces avecillas á la aurora.
La cabra trepadora
Ya suelta se encarama
Por el monte enramado:
Vosotras de este prado
Paced felices la menuda grama;
Paced, ovejas mías,
Pues de abril tornan los alegres días.
Mejórase la tierra
De verdor coronada,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Desciende de la sierra
La nieve desatada,
Y ejercen sus contiendas los pastores.
Todo el prado es amores;

Retoñan los tomillos;
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos;
Y con susurro blando
Por la vega el arroyo huye saltando.

Así cual es sabroso,
Después de noche fría,
El rocío del alba al mustio prado,
O cual tras enojoso
Invierno el alegría
Plácido sol de abril vuelve al ganado;
Así, cual al cansado
Pastor que tras hambriento
Lobo corrió es la fuente;
Tras el marzo inclemente
Tal es á mí del céfiro el aliento;
Y cual á abeja rosa,
Del campo así la vida deliciosa.

Apenas ha nacido
El día en los oteros,
De arboles el cielo matizando,
Por el alegre ejido
Saco yo mis corderos,
Y alegres los cabritos van brincando.
Mientras el sol se va alzando,
Mil celosas porfías
A la sombra en reposo
Separo, si celoso
Mi manso está por las corderas mías;
Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma
Tras sus vacas manchadas,
El pastoril acento al viento dando,
El dulce Arcadio asoma:
Sus voces regaladas
Más y más cada vez se van notando.
Tambien viene cantando
Cual yo de la florida
Estacion: salir quiero
A encontrarle primero;
Algo acaso dirá de mi querida,
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quién viendo el alegría
De este florido prado,
Y el brillo y resplandores del rocío,

O la hambrienta porfia
Con que paca el ganado,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
Y el noble señorío
Con que el claro sol nace,
O las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento,
Y los hilos de luz que el aire hace;
No sentirá movido
El corazón y el ánimo embebido?

Do quiera es primavera,
Y por do quiera el prado
Da nueva flor y espíritu oloroso;
Las vacas por do quiera
Hallan pasto sobrado
Y tierna yerba de pacer sabroso;
El pastor en reposo
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas;
Y pueden las pastoras
Bailar alegres las ociosas horas.

No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento,
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer el raudo viento;
Mas sí cantar contento
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y pacer mi ganado,
Y al Tormes deslizarse sosegado.

Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu rabel y canto
Guarde del lobo odioso,
Y sigue en tan sabroso
Tono que de los valles es encanto,
Y el ganado alborozado,

Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú más antes al viento
Suelta esa voz suave
Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste,
Cuando te dió el cayado
Por el manso peinado,
Que con lazos y esquila le ofreciste;
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.

Premio será á tu canto
Este rabel, que un día
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbria,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tormes cristalino
Formó en él la corriente,
Que parece ir riendo;
A lo largo paciendo
Los manchados rebaños mansamente;
Y la ciudad de lejos
Del sol como dorada á los reflejos.

A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta,
Mientras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo lo que está viendo
Lejos un ciudadano,
El semblante afigido,
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rie entre los pastores y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve,
Que jamás fué tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.

Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea;
Cual por abril el llano
Con rosas mil galano;
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando se provoca.

De flores coronadas,
Mas lindas que las flores,
Y el cabello en la espalda al viento dado
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores,
Las zagalejas en el verde prado.
Un anciano está á un lado
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la tela al hambriento corderuelo;
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el florido suelo;
El rocío del cielo
Es grato al místico prado,
Y á pastor peregrino
Descanso en su camino.
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.

Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo:
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Mi ganado ir paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil cuadrillas;
Y gocen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.

Las inocentes horas,
De júbilo y paz llenas,

¿Dónde mejor se gozan que en el prado?
¿Quién mejor las auroras
Ve alborear serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado?
¡Venturoso cuidado!
¡Mil veces descansada,
Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria
Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues solo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que enjendra la ciudad y sus temores?
Mejor es ver el cielo,
Que no techos pintados,
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña;
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio;
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para bailar un roble entero.

Aquí en la verde grama
Oiga yo reclinado
El lento susurrar de este arroyuelo;
Aquí evite la llama
Con mi pastora al lado
Del sol subido á la mitad del cielo;
Y su dorado pelo
Orne de florcillas,
O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo,
Y arrúllenme las blandas tortolillas,
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
Me da, y natas y queso;
Y su lana y corderos mi ganado:
Mis colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos,
Y deja á los zagales envidiosos

Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enagena.
Más bien no desco,
Ni quiero más fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo,
No hay pastorcilla alguna
Que huya de mis cariños desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dió ayer Galatea;
Filis este cayado,
Y este zurrón leonado
La niña Silvia que mi amor desea;
Mas yo á Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos,
Con su ingenio divino
¡Qué cosas no decía
Después de los falaces ciudadanos!
Aun á los más ancianos,
Si te acuerdas, pasmaba.
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos,
Yo, zagalejo entonces, le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.
El semblante sereno
Y el corazón dañado,
Cual es el fruto de silvestre higuera;
Miel envuelta en veneno,
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera.
Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres:
Esto contaba Elpino
De la ciudad, después que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fué á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el día,
Que en nada semejaba
El río de esta sierra

Al mar soberbio que pavor ponía.
Me acuerdo que decía
Que del viento irritado
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros ríos.
Que entone el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazón en tal cuña;
Cual si débil balido
De herida oveja vistes,
O choto que su madre solicita.
¡Oh ceguedad maldita,
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras las corderos míos,
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navíos.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver más que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro río.
Aquí no lobo fiero
Nos trae alborotados,
Ni nos daña el calor, ó hiela el frío.
No ageno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en unión perfecta,
Y el sol y helado cierzo
Nos dan salud y varonil esfuerzo.
Todo es amor sabroso,
Alegria y hartura,
Y descanso seguro y regalado.
Ni el pastor envidioso
Murmura la ventura
Del otro á quien da el cielo más ganado;
Ni el mayoral honrado
Burla al zagal sencillo,
Ni con doblez le trata;
Ni su seno recata
La amada de su tierno pastorcillo;
Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.
Como las ciudadanas,

A engañar nos enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras;
Ni en su beldad livianas,
Nuestro querer desdenan,
O mudan de amador á todas horas.
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oído,
Y que el ronco alarido
De sus plazas, la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡Oh soledad gloriosa!
¡Oh valle! ¡oh bosque umbrio!
¡Oh selva entrelazada! ¡oh limpia fuente!
¡Oh vida venturosa!
¡Seren y claro río,
Que por los sauces corres mansamente!
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura,
Y feliz armonía
Del uno al otro día.
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales,
Pastores, ganaderos y zagales.
El cielo despejado
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y plácido sonido
Que del céfiro forma el blando aliento;
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspensión á el alma deja;
Y á sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.
No aquí esperanza ó miedo,
Las tramas y falsías
Que saben los soberbios ciudadanos.
El pastorcillo ledo
En paz goza sus días,
Sin entregarse á pensamientos vanos.
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,
Y él con sencillo celo
Da bendición al cielo,

Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves á la aurora.
Sin recelo ni susto
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le vieron;
Y ora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve do los gilgueros nido hicieron;
Si el lagarto sintieron
Sus tiernos corderillos,
Rie cuál se espantaron,
Corrieron ó balaron;
Ora al yugo acostumbra los novillos;
Ora fruta ó flor nueva
En don alegre á su zagala lleva.
Con las serranas viene
A triscar por el prado
Y enguirnalda la sien de frescas flores:
Ni entonces libre tiene
Su pecho otro cuidado,
Que cantarles ufano mil amores.
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y ruidos,
Pues no en tales gemidos
Dos tortolillas querellarse vistes,
Cual canta en voz sonora
De amor un zagalejo á su pastora.
La fruta sazónada
¡Con cuál dulce fatiga
De la rama se corta! ¡Cuán gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdecillo ó colorín vistoso!
¡Cuán grato el armonioso
Susurrar, y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con presto vuelo!
¡O mirar la paloma
Bañarse alegre, cuando el alba asoma!
Así Tirsi decía,
Que la primera gente,
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivía
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Cuando la encina daba

Mieles, y leche el río;
Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.
Y cierto, ¡cuántas veces
Los más altos señores
Vienen á nuestras pobres caserías,
Sin pompa ni altiveces
A gozar los favores
Del campo y sus sencillas alegrías?
Las rústicas porfías
Que los zagales tienen,
Miran embelesados,
Y en seguir los ganados
Por los tendidos valles se entretienen,
O de bailar se gozan,
Y al son de nuestras flautas se alborozan.
Aquí Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dijo de las magas el encanto
Con su verso divino
Junto al Bétis undoso;
Y aquí Albano entonó su dulce canto.
¡Oh grata vida! ¡Oh cuánto
Me gozo en tí seguro!
De flores coronado,
Y al cielo el rostro alzado,
Este vaso de leche alegre apuro.
Bebe, Arcadio, y gocemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida
Es el tierno pichon que la enamora,
Cual yedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora;
Tal tu canción sonora
Es, zagal, á mi oído:
Ni así es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual me encanta tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado
Con zarza montuosa

Ser debe, ó con el cardo la azucena;
Ni así aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdénaron
Allá en su plaza un día;
Yo en sus burlas reía,
Y ellas de mis desprecios se enojaron.
Volvime á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fuí compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta había:
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Así Elisa entre todas relucía.
¡Cuán bella parecía,
Zagal! sus lindos ojos
Mil pechos abararon,
Envidias mil causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermosean
Y del olmo la vid es ornamento;
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento;
Al bosque el manso viento;
Tú á todo nuestro prado
Le das, Filena mía,
La risa y alegría,
Al sentirte venir, bala el ganado,
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora
La zagala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo;
Ni vaca mugidora
Tanto en la cela agrada
A enamorado cándido novillo;
O á la liebre el tomillo,

Cual á Elisa es sabrosa
 Pradera y selva umbria.
 Con menos agonia
 Huye del gavilan la garza airosa,
 Que Elisa desalada
 Corre de la ciudad y su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardó
 Por el mi manso un choto,
 Para llevarlo en don á sus amores;
 Yo para tí lo guardo,
 Y el nido que en el soto
 Ayer cogí con ambos ruiseñores.
 ¡Ay, si yo en mis ardores
 Fuese abeja y volara,
 Mi bien, siempre á tu lado,
 O en colorin mudado,
 Continuo mis amores te cantara,
 O hecho flor me cortases,
 Y á tu labio de rosa me llegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
 De voz haber porfia
 Con gilguero que canta en la enramada;
 Ni con cisne extremado
 En dulce melodía
 Puede ser abubilla comparada,
 Ni á tu voz regalada
 Mi tono desabrido.
 ¡Oh fuente! ¡Oh valle! ¡Oh prado!
 ¡Oh apacible ganado!
 Si el canto de Batilo es más subido
 Que el de los ruiseñores,
 Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
 De la alondra se goza,
 Y en su arrullo la tórtola lloroso;
 El ciervo en selva umbria
 Con su par se alborozó,
 Y con el agua el ánade pomposo.
 Yo con el amoroso
 Rostro de mi pastora,
 Ella con sus corderas,
 Y estas en las laderas,
 Cuando de nueva luz el sol las dora:
 Y á Arcadio mi tonada,

Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fueron
 La su vida inocente
 Los dos enamorados pastorcillos;
 Y los premios se dieron
 Del álamo en la fuente,
 Llevando allí á pastar sus ganadillos:
 Y yo que logré oillos
 Detrás de una haya umbrosa,
 Con ellos comparado,
 Maldije de mi estado.
 De entonces la ciudad me fue enojosa,
 Y mil alegres dias
 Gozo en sus venturosas caserías.

Idilio.

(Vease la pág. 153.)

(De D. Gaspar Melchor de Jovellanos.)

AL SOL.

Padre del universo
 Autor del claro dia,
 Brillante sol, á cuyo
 Influxo la infinita
 Turba de los vivientes
 El ser debe y la vida:
 Tú, que rompiendo el seno
 Del alba cristalina
 Te asomas en oriente
 A derramar el dia
 Por los profundos valles
 Y por las altas cimas;
 De cuyo reluciente
 Carro las diamantinas
 Y voladoras ruedas
 Con rapidez no vista
 Hienden el aire vago
 De la region vacía:
 ¡En hora buena vengas
 De luces matutinas,
 De rayos coronado,
 Y llamas nunca extintas,
 A henchar las almas nuestras
 De paz y de alegría!
 La tenebrosa noche,
 De fraudes, de perfidias,

Y dolos medianera,
 Se ahuyenta con tu vista,
 Y busca en los profundos
 Abismos su guarida.
 El sueño perezoso,
 Las sombras, las mentidas
 Fastasmas, y los sustos,
 Su horrenda comitiva,
 Se alejan de nosotros,
 Y en pos del claro dia
 El júbilo, el sosiego
 Y el gozo nos visitan.
 Las horas transparentes
 De clara luz vestidas,
 Señalan nuestros gustos
 Y miden nuestras dichas.
 O bien brillante salgas
 Por las eoas cimas,
 Rigiendo tus caballos
 Con las doradas bridas;
 O ya el luciente carro
 Con nuevo ardor dirijas
 Al reino austral, de donde
 Mas luz y fuego vibras;
 O en fin, precipitado
 Sobre las cristalinas

Occiduas aguas caigas
Con luz más blanda y tibia;
Tu rostro refulgente,

Tu ardor, tu luz divina
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría.

Diálogo.

TRADUCCIÓN DE PABLO ROLLI.

(Por D. Leandro Fernandez de Moratin.)

- ¿Quiéres decirme, zagal garrido,
Si en este valle naciendo el sol,
Viste á la hermosa Dórida mia,
Que fatigado buscando voy?
- Sí que la he visto pasar el puente
Y á los alcores se encaminó:
Un corderito la precedia,
Atado al cueilo verde liston.
- ¿Sólo el cordero la acompañaba?
- Tambien con ella iba un pastor.
- Lícidas?—Ese, Lícidas era:
Mas ¿qué te asusta? ¿qué mal te dió?
- ¡Ay vaquerillo, que feliz eres,
Pues aun ignoras lo que es amor!

PROGRAMA GENERAL

DE LA ASIGNATURA

DE RETÓRICA Y POÉTICA.

Págs.

LECCION PRIMERA. Retórica.—Arte.—Reglas.—Modo de aprender las de la retórica.—Doble objeto que nos proponemos al hablar.—Diferencia entre la gramática y la retórica.—Conexion de la retórica con la gramática y la lógica.—Literatura.—Bellas letras.—Obras literarias.—Su division.—Diversas clases de reglas.

1

LECCION II. Pensamientos.—Si pueden sugerirlos las reglas.—Calidades esenciales de los pensamientos.—Pensamientos verdaderos y falsos.—Verdad absoluta y relativa.—Pensamientos claros.—Profundos.—Oscuros y confusos: embrollados y enigmáticos.—Pensamientos nuevos, comunes, vulgares y triviales.—Pensamientos naturales, violentos, forzados y rebuscados.—Pensamientos óbvios y fáciles.—Pensamientos ingeniosos ó agudos, finos y delicados.—Sólidos y fútiles.—Acomodados al tono dominante de la obra.

3

LECCION III. Expresiones.—Calidades necesarias para la bondad de las expresiones.—Claridad.—Concision.—Conformidad con la naturaleza de las ideas y el tono de la obra.—Correccion.—Decencia.—Energia.—Exactitud.—Melodia.—Naturalidad.—Precision.—Propiedad.—Pureza.

7

LECCION IV. Cláusula.—Sentencia, frase, período.—Cláusula simple y compuesta.—Cláusula periódica y suelta: ejemplos.—Miembros ó colonos.—Períodos de dos, tres y cuatro miembros: ejemplos.—Rodeo periódico.—Incisos.—Estilo cortado ó truncado.—Estilo periódico.—Observaciones sobre uno y otro.—No puede darse regla para fijar la extension de las cláusulas.

8

LECCION V. Propiedades esenciales de la cláusula.—Claridad.—A qué debe atenderse para conseguirla.—Pureza y propiedad de las palabras.—Arcaismos.—Voces técnicas, cultas, equívocas y homónimas.—Coordinacion de la cláusula: regla fundamental.—Palabras cuya coordinacion exige mayor cuidado.—Ejemplos.

13

LECCION VI. Unidad de la cláusula: en qué consiste.—Reglas para conseguirla: observacion sobre las ideas capitales.—Id. sobre el acumulamiento de especies en una misma cláusula.—Id. sobre el uso de los paréntesis.—Id. sobre el modo de cerrar la cláusula.

17

LECCION VII. Energia de la cláusula: en qué consiste.—